

que hacía ocho años que él ya no oficiaba y le increpó:- ¡Ah!, pues desde que tú te fuiste con tu hermana a Veracruz.

Ella se mantuvo firme y segura. Se despidió cortésmente y a la pregunta de la vecina acerca de que si se iría a Veracruz o se quedaría en su casa, ella respondió con un marcado desgano:- Aún no lo sé.

No quiso saber más; puso un aviso en el periódico y pronto vendió la casa que su marido le había dejado. Decidió regresar a Veracruz donde buscaría enterrar una etapa indeseable de su vida. Recién comprendía que si las guerras cuestan mucho, la tranquilidad cuesta más.



## El perdón

Qué lejos estaba Maridelia de conocer las consecuencias de un acto que encierra generosidad y heroísmo en sus inicios y con el tiempo se vuelve arbitrario e injusto. Cuando lo realizó nunca pensó que el destino se volvería contra ella. En su condición de soltera quiso formar una familia, y buscó ser madre a través de los medios permitidos por la ley.

Creyente en las normas jurídicas y sociales pensó que conseguiría sus fines en poco tiempo y ligeros trámites, pero le sucedió todo lo contrario. La opinión de sus amigos y de sus propios padres la hubiera llevado a la renuncia de su deseo, pero éste había alimentado su alma y decidió actuar conforme su proyecto.

Fueron lentas semanas y largos meses los que hubo de pasar para vislumbrar la viabilidad del deseo que tenía de recibir en su casa a un ser nuevo al que



dedicaría su tiempo y sus esperanzas. Calló pacientemente ante las advertencias porque su carácter no era pleitista; perdió hasta el saludo de algunos vecinos que le decían que ella sola no sería capaz de llevar esa carga que planeaba echarse sobre sus hombros; habría de pasar por alto las amonestaciones de sus padres, acerca de que le estaba buscando tres pies al gato; y, por último, las trabas que sí le dolían: las legales y burocráticas.

Después de un largo periodo, el sueño de Maridelia se hizo realidad y se llegó el día en que recogió ese pedazo de vida con que pensaba alegrar y completar la propia.

A su hijo le puso el nombre de su padre, Sebastián, y poco a poco lo fue nutriendo física y mentalmente. El niño comenzó a demostrar una especial inteligencia y ella no tuvo empacho en mandarlo a los mejores colegios para que su desarrollo integral lo condujera a una sólida profesión.

En los días de ausencia de la salud, lo veló con cariño sin igual y verdadero apego; fueron noches larguísimas en que hubo de olvidarse de sí misma para dedicarse en cuerpo y alma a su cuidado.

El niño tenía un don para el uso de la palabra; le gustaba hablar hasta por los codos; sus habilidades

innatas para la oratoria lo llevaron a ocupar el primer lugar en cuanto concurso participaba y ya sus demás compañeros comenzaban a llamarlo "El líder" y procuraban no competir con él, porque sabían que Sebastián se llevaría las palmas.

Cuando llegó a la Facultad de Derecho, Maridelia se sentía complacida: Sebas, como por cariño siempre le había nombrado, era serio, formal, estudioso y amable. Entonces escuchaba alabanzas por su buen tino en elegir aquel niño que ahora sería un hombre de provecho; su gran capacidad para educarlo y "consentirlo" sin echarlo a perder; lo bueno que había sido el destino con ella, en brindarle la oportunidad de ser "madre" y vivir bien acompañada, ahora que sus padres habían fallecido. Todo esto fue despertando en ella cierta dosis de vanidad y orgullo que la llevaron a dormirse en sus laureles.

En la nueva escuela, Sebastián, que siempre había estado rodeado de gente que lo admiraba y respetaba, se percató de un mundo diferente; había jóvenes de todo: apáticos, revoltosos, de alegría extrema, fáciles al insulto, al melodrama, al cigarro y a la bebida los fines de semana.

El contraste fue brusco y tormentoso. Ahí dejó de ser "El líder"; nadie temía ni conocía sus antecedentes; a nadie le importaba que él supiera hablar en público y



dominara muchos temas; era otro como cualquiera, era otro como todos; y eso lo desubicó, lo trastornó y lo llevó a un cambio indeseable.

En dos meses él era otro y comenzó el calvario de Maridelia. Con frecuencia ella le reclamaba su nuevo comportamiento, con “pinzas” pues no quería desembocar en una serie de ofensas que después resultarían difíciles de olvidar.

Sebastián se inició en el tabaquismo, se hizo de “amigos” que no le convenían y conoció, nunca supo Maridelia cómo, de su adopción.

Ella fue incapaz de enfrentarlo; lo amaba demasiado para lastimarlo y cuando él le echó en cara el infortunio de ignorar quiénes eran sus padres y porqué lo había enseñado a decirle Madre, cuando ella no lo había traído al mundo, la única reacción que manifestó fue el llanto. Éste brotó copiosamente al recordar los vaticinios de sus vecinas, los impedimentos que tuvo que hacer a un lado y la oposición de su padres y los meses que hubo de esperar para conseguir su sueño. En ese momento sintió que los años al lado de Sebas habían sido un sueño del cual despertaba hasta ahora.

No se dio cuenta que Sebastián salió de la casa, hasta que escuchó el portazo. Se sentó en la mecedora donde tantas veces arrulló a su niño y deseó que él no

hubiera crecido nunca, esa hubiera sido la solución perfecta. Ahí se quedó dormida y en el sueño veía a Sebas de pocos años, sonriente le acariciaba el rostro y le decía mamá, una vez alto, después bajito, rápido, lento, silabeando y luego el diminutivo que a ella le sabía a gloria: ¡Mamita!

En ese mundo irreal donde creía tomar la felicidad con sus manos, entrecruzadas con el pequeño, permaneció por mucho tiempo. Cuando el muchacho volvió y se encerró en su cuarto, ella no se dio cuenta. Más tarde, escuchó que abrían las puertas del closet de la recámara de su hijo, abrió los ojos y, sin pararse, preguntó:- ¿Eres tú, hijo?, y de inmediato se arrepintió de haberlo nombrado así. Intuyó que él sufría demasiado en este momento, y que ella debía esperar a que asimilara la verdad descubierta por boca de otros, a los que denominó malvados.

Él hijo no contestó, estaba preparando su maleta; la llenó de ropa, sin que su ofuscación le permitiera ver en ella el trabajo de una mujer a la que ahora se negaba darle el nombre que merecía; esas prendas estaban llenas de su cariño, cuidados, tiempo y esfuerzos, por eso estaban bien planchadas, olían a limpio y habían sido ordenadas con amor; pero él no se dio cuenta, su orgullo había sido lastimado, él quería ser como la mayoría; la historia de su origen era falsa, No se trataba de que su madre no se pudo casar con su papá porque él



se fue de viaje y sufrió un lamentable accidente; él había sido dado en adopción a una mujer solitaria y soñadora que le había negado el derecho de pertenecer a una pareja en un hogar donde hubiera tenido otros "hermanos" aunque también fuesen adoptivos. Esto era lo que él no podía perdonar, que ella lo adoptara para cubrir su soledad y lo condenara ahora a vivir ignorando quién lo había procreado.

Cuando salió del cuarto con la maleta, Maridelia ya no lloraba; era obvio que él se iría para castigar su osadía; ella no pensó en detenerlo. Por primera vez en tantos años lo veía ajeno, desconocido, frío, juez implacable, se había vuelto su enemigo.

Él abrió la puerta de la casa y por un instante se detuvo. Ella en su interior rezó: ¡Oh Dios!, que se arrepienta. Pero el muchacho volteó a verla sólo un instante y se fue. Entonces ella lloró a sus anchas, se maldijo y lo maldijo. La ira había entrado en su corazón y no quería salir. La pregunta se abrió paso en sus lamentos y salió a la superficie: - ¿Por qué a mí? ¿Por qué yo?.

En las semanas que el muchacho se fue a vivir con un compañero de la escuela, ella perdió peso y las ganas de vivir. Cuando el deseo de verlo la llevó a la facultad sin que él lo notara, halló la tabla salvadora, porque entonces encontró el motivo que la obligaría a vivir: verlo

de lejos. Testigo fiel y silencioso lo vio entrar y salir en esa escuela donde aprendería a impartir justicia. A los pocos meses lo comenzó a ver acompañado de una joven de cabellos largos y se sintió más tranquila; si él se enamoraba y la joven era buena, su hijo podría ser feliz, a pesar de ser un hijo adoptivo.

El tiempo pasó y cuando Sebastián se le declaró a Felisa- la muchacha con la que salía y estudiaba- ella le preguntó si no le importaba saber que ella ignoraba quiénes eran sus padres. Él asustado, le preguntó: - ¿Cómo es eso, no te entiendo? Felisa le contestó: - Es que soy hija adoptiva, espero que no te importe, porque quiero a mis padres, que me han cuidado, educado y amado, a pesar de que yo no lleve su sangre. En ese instante, Sebastián, comprendió la crueldad que había cometido contra la mujer que le enseñó a caminar, hablar, correr, estudiar y que nunca le había pedido nada; con lágrimas en los ojos, abrazó a Felisa, murmurando en su oído: - El destino te puso en mi camino para que yo aprendiera a valorar lo justo.

Quedaron de verse más tarde. El muchacho corrió a la casa de su madre con un pensamiento clavado que buscaba la salida por sus labios: Te amo madre, perdóname; pero Maridelia no estaba en la casa; él recordó que a esas horas debía estar en su trabajo y tomó un taxi, quería llegar cuanto antes.



Cuando estuvo frente a ella, la miró con los ojos de antes, y Maridelia comprendió todo. Lo abrazó, le limpió con sus dedos las lágrimas que rodaban ardientes y saladas y no dijo nada. Sebastián le dijo, lentamente, que la amaba y necesitaba su perdón; entonces ella, con la sencillez de los que aman y están a punto de recobrar al ser amado, le dijo:- Hijo mío, mi Sebas, hoy la ofuscación ha salido de tu corazón y es un gran día. Espérame en casa para comer juntos y celebrarlo.

Sebastián se fue lleno de contento y pensó en entrar al primer templo que se cruzara en su camino, para dar gracias al Creador y bendecirlo por haberle dado una madre como Maridelia.

## El río

La corriente se deslizaba con fuerza rumbo al poniente. El agua turbulenta transitaba con furia, en su paso desbordante acarreaba lo que encontraba: vidrios, palos, botellas de plástico, ramas y troncos de árboles; aquello era insólito porque ese lecho arenoso tenía años de estar seco y vacío.

Algunos moradores no se separaban de su lugar de alerta, si el nivel subía un poco más sería necesario avisar a los habitantes de la necesidad de evacuar. El pueblito estaba dividido por el río y el pequeño puente, mal hecho desde sus inicios, ofrecía poca seguridad para cruzarlo.

El presidente municipal, sabía que esa era una emergencia, pero se habían quedado sin línea telefónica en la presidencia del pueblo, único lugar donde la había. Pensó que si su chofer cruzaba el puente, podría avisar en el otro pueblo para que mandaran grupos de rescate y así se pudiera efectuar la evacuación, que ya parecía inminente.

No obstante, como el riesgo era demasiado no se animaba a dar la orden. El chofer era Anastasio, un joven acomedido que estudiaba por las noches la secundaria y en él había descubierto que su obediencia no tenía límites. De antemano sabía que si lo mandaba,



él cumpliría el encargo, aunque le fuese en ello su propia vida.

Pensando en esto se le vino una idea que calificó de loca y por lo mismo la rechazó su mente, aunque no del todo su corazón. Al principio se le ocurrió que para no poner en riesgo a su chofer, un joven honrado y decente, podría entonces sacar a Germán, un golpeador de mujeres y vecinos que por ahora estaba cumpliendo una condena en la cárcel, para que hiciera la dirigencia pertinente.

Por un largo momento en el que pensó, vació la cajetilla de cigarrillos, encendiendo uno tras otro, mientras la idea jugaba coquetamente en su cabeza. Si moría Germán en su fuga, el pueblo no perdía gran cosa se justificaba. En cambio, si moría Anastasio, que era útil y servicial, él se quedaba sin chofer y la familia del muchacho, sí lo iba a resentir.

Como caído del cielo apareció Anastasio quien le preguntó a su jefe: - ¿No será necesario ir a buscar ayuda al otro pueblo? El le respondió con otra cuestión: - Y, ¿Quién crees que será capaz de hacerlo? El muchacho, resuelto e impulsivo, contestó: - Pues yo, ¡acaso no está la camioneta!

El presidente se quedó pensativo. No sabía si debía compartir su idea con el joven, o hacerlo él personalmente, para que si las cosas salían mal, Anastasio no tuviera vela en el entierro.

Después de un minuto de pesado silencio el joven insistía: - Pues entonces, ya voy o me espero. El funcionario frunció el ceño y le dijo: - ya veremos, hay que esperar. Si componemos la línea del teléfono, avisamos y así no corremos riesgos.

El joven salió murmurando un "con permiso" y ya no volvió. El hombre salió poco después rumbo a la cárcel; iba decidido; a Germán nadie lo quería, y cuando estaba preso, el pueblo estaba más en paz. Aparentó tranquilidad cuando saludó al guardia y al celador.

- ¿Quiubo?, muchachos.
- Cómo está, señor alcalde- cuadrándose.
- Quiero hablar con Germán, ¿se puede?
- Cómo no, alcalde. Pase usted.

La cárcel olía mal; la mujer que limpiaba hacía días que no iba y ahora con el peligro del río, menos hacía acto de presencia. Germán se sorprendió al ver al alcalde; éste lo midió con la mirada y estuvo un poco titubeante. Se le veía flaco, mal cuidado, avejentado pero un reflejo de inocencia en sus pupilas casi lo desarma.



El muchacho le dijo: - ¿A poco ya voy a salir? El alcalde no le contestó; pensó sobre su acción. El otro se sentó, decepcionado y cabizbajo.

Después de un momento de titubear, él fue soltando su idea como tratando de aparentar que la cosa tenía que hacerse de esa manera, porque no había alternativa. El muchacho primero no le puso atención pero después sí y se puso de pie. Levantó la mirada hacia la ventanilla abarrotada y le comentó:- Así que ahora sí sirvo para algo con tono sarcástico. El alcalde no abrió la boca. El otro a los pocos minutos preguntó: - ¿Y, las llaves de la camioneta? El alcalde sin decir más, las sacó de su bolsillo y se las entregó; cuando arrancó el vehículo el alcalde tapó su rostro con las manos.



## TAL VEZ

A mi padre: Simón R. González

Subió maquinalmente, acomodó su maleta y se sentó con la mente en blanco. A los pocos minutos tuvo la sensación de que el tren se movía; era falso, el que estaba en la otra vía era el que marchaba primero. Dejaba Veracruz, volvía a Monterrey. Oyó de lejos el silbato que anunciaba la partida. El ruido lo centró en su realidad. En su corazón llevaba más peso que en la maleta.

Los pocos árboles de la ciudad empezaron a cruzar por su ventana, Gustavo comenzó a recordar sus infortunios. Ocho años atrás había llegado con la ilusión de trabajar y enviar dinero a sus padres y a Tala, su novia. Pero la carta que le habían dado no sirvió y tuvo que buscar todo tipo de empleos, lo que iba saliendo, primero para sobrevivir y después, cuando la cosa mejoró, hacer sus primeros envíos.

